

IMAGINARIO, SIMBÓLICO, REAL

Imaginario: Lo que tiene valor de imagen para alguien. El "yo" pertenece al registro imaginario.

Simbólico: Lo constituido en el lenguaje. El sujeto pertenece al registro simbólico.

Real: Lo excluido por imaginario y simbólico. Lacan ha ido modificando el concepto, de suerte que "real" se dice de diversas maneras.

Los tres están articulados en el nudo borromeo, de modo que si se suelta uno, se sueltan los tres. Son correlativos.

Además marcan la evolución de Lacan:

1ª etapa: Destaca la importancia de lo **Imaginario**

2ª etapa: " " de lo **Simbólico**

3ª etapa: " " de lo **Real** (A partir del Seminario de la Ética del psicoanálisis).

Con matices, remiten también a fases en el proceso de la cura:

a) Abrir el imaginario a la palabra.

b) Descubrir en lo simbólico el resto que se escapa.

1. Imaginario.

Lacan dice que ha pasado de la psiquiatría (paranoia) al psicoanálisis por el estudio de lo imaginario.

Imagen implica **coherencia** en la forma y en el significado.

(Hay una dimensión imaginaria en el lenguaje)

Fase del espejo: inspirada en Freud (narcisismo) y en Hegel (dialéctica del reconocimiento mutuo de las conciencias).

Da cuenta de la **constitución del yo**. (A la vez encierra una crítica al psicoanálisis del yo. Se trata de rectificar la práctica analítica. De ahí el retorno a Freud. Tener en cuenta la situación del psicoanálisis en 1956).

La identidad del yo no es innata; se construye. La experiencia del espejo, que los niños hacen entre los 6 y los 18 meses, es experiencia de júbilo y sorpresa. Júbilo porque el espejo le devuelve algo que no tiene: la **unificación** del cuerpo. Sorpresa y asombro por lo que tiene de extrañeza. La cría humana nace con notable prematuración. La imagen unificada del espejo es la primera matriz del yo; y promesa de su unidad ideal. Pero se trata de imagen, reflejo. No es el cuerpo vivido. Por eso implica división. De ahí la extrañeza y la necesidad de otro que le nombre y permita reconocerse en su identidad. .

De entrada la imagen forma parte de la visión, es figura, rostro. Pero en él no se hacen presentes aún los ojos que ven. La irrupción de la mirada rompe el espejo del imaginario y remite a lo otro real y ausente. Al descubrir que el objeto me mira, se quiebra el monismo uniforme de la representación. El punto de vista determina la percepción-composición de la figura. (Ver en Seminario IV el estudio del cuadro de Holbein "Los embajadores", ejemplo de anamorfosis). En Lacan influye Merleau-Ponty Lo visible y lo invisible Cfr. Seminario XI Los cuatro conceptos...

Para la apropiación por el niño de esa imagen, hace falta una tercera instancia: la persona que cuida al niño y le certifica con el **lenguaje** que esa imagen es la suya, y que, además, es amable para ella (madre, cuidadora...). Ahí se fragua lo que, según Lacan, Freud llama "yo ideal", el ser en el espejo. Otra cosa es el lugar desde donde soy mirado y se me certifica que soy yo y que soy amable (Ideal del yo simbólico).

Para que se constituya el **yo ideal** (imaginario) tiene que intervenir la instancia simbólica (el **ideal del yo**). El **ideal del yo** es el lugar desde donde mirado y designado. El **yo ideal** es el lugar donde me veo; la imagen en el espejo. El ideal del yo es el rago "unario", instancia de identificación. A partir de ahí el imaginario.

El ideal del yo implica un deseo en la madre: Por ej. el niño viene a satisfacer una ilusión, a remediar una crisis de la pareja etc. El niño es el falo imaginario de la madre, que viene a colmar su falta. Si eso no ocurre, y el hijo no queda revestido de significación fálica, de valor ideal, el niño queda como trozo de carne, un puro "real". El niño no se inscribe en lo simbólico. Y viene la psicosis.

Hay relación entre el cuerpo fragmentado del niño y la experiencia fragmentada del cuerpo en la

locura: base empírica de esta teorización. En los esquizofrénicos la experiencia del doble es experiencia de extrañeza radical. No reconocen su imagen en el espejo. La propia imagen se presenta como extraña. A escala cotidiana cada mañana, al mirarnos al espejo, se puede repetir esa experiencia de júbilo y extrañeza. Freud en el escrito Lo siniestro analiza como lo familiar se vuelve extraño.

De esa génesis deriva la constitución del yo: **el yo es otro (autre)**. Su identidad está hecha de alienación imaginaria. Se constituye por la captura imaginaria de ese otro. Además, en la medida en que me resulta familiar lo quiero, en la medida en que me resulta extraño me suscita violencia y lo odio. De ahí la **relación ambivalente**, que transcurre entre el **amor** y el **odio**.

Nuestra imagen es nuestro primer semejante. La **relación consigo mismo** es la misma que la **relación con los otros**, nuestros semejantes. El yo es la primera imagen que el sujeto aprehende, que a la vez tiene valor de semejante. El yo se hace en sucesivas capas de identificaciones: el "yo cebolla" del que hablaba Freud. El yo que parece lo más propio, está hecho de identidades ajenas. La relación con el semejante es ambivalente porque me identifico con él, pero me suplanta.

Ese narcisismo primario supone que hay un solo lugar, que rige **exclusividad**: El semejante ocupa el lugar del falo. De ahí la exclusión del otro: xenofobia. El yo tiende a ser paranoico. Se trata de destituir al otro del lugar de la bella imagen y la unidad. De ahí también la necesidad de reconocimiento

Como en el semejante sólo vemos su aparecer, y no su escisión, suponemos que en él coinciden ser y parecer. Por ello mismo **el otro** y su "bella imagen" se vuelve **amenazador**. El otro me desplaza y me mina. Por eso necesitamos también que otro yo nos **reconozca** y nos **afirme**. Importancia del reconocimiento (Hegel). A la vez, ese otro amenaza con ocupar el lugar único del falo y desalojarnos. De ahí la **estructura paranoica del yo**. Ello supone, paradójicamente, su inconsistencia. Hegel hablaba de la lucha a muerte por el prestigio, por el "figurar" y ser reconocido.

El mismo **deseo es mimesis**. También en él el otro es mediador. El objeto resulta deseable para un sujeto porque es apetecido por otros. En ese sentido el objeto es un pretexto para que dos sujetos pugnen. Mentira romántica: **creer que el objeto es deseable por sí mismo y matriz del deseo**.

Verdad novelesca: **el objeto es deseable porque es deseado por otros, es el otro mediador quien hace surgir el deseo** (Cfr. R. GIRARD Mentira romántica y verdad novelesca). Ej. Don Quijote. La novela moderna, al bajar al otro a la tierra, convierte al mediador en rival: ej. Rojo y negro. De ahí el papel de los celos en el amor (Cfr. FREUD, S. "Sobre un tipo especial en la elección de objeto").

El objeto de deseo lo es por ser deseado por otro. En parte es deseado porque es de otro y no puede ser nuestro. La publicidad conoce y aprovecha precisamente el atractivo que tienen los objetos en cuanto son deseados por otros. El objeto al que el yo tiende es imaginario. **El objeto que causa el deseo es real**.

El deseo no es voluntad dirigida a una imagen. Es lo que no sabemos. También en este sentido, que remite al inconsciente del lenguaje, el deseo es **deseo del otro**. Pero sólo a través de la palabra se puede acceder a él.

Esa tensión se expresa en la rivalidad entre hermanos. Es preciso que otro (el padre por ej.) intervenga como pacificador con su palabra. Se pasa, así, de la relación dual a la triangular: estructura edípica. La rivalidad con los semejantes proviene de que se les atribuye un goce quasi-absoluto y no marcado con la falta como el nuestro. El padre es el prototipo de esa atribución y rivalidad. Romper esa atribución de goce absoluto es un paso necesario para la introducción de lo simbólico.

El psicoanálisis del yo se instala en el yo imaginario. Se proponía como meta de la cura el **reforzamiento del yo**, pero así resiste a la emergencia del sujeto del inconsciente, que es el verdadero objetivo del análisis. Reforzar el yo es reforzar su alienación constitutiva. Suponía que el yo enfermo se **cura por identificación** con el yo sano del analista. Se situaba en el régimen y la economía de las imágenes ideales de la sociedad. El análisis se convierte así en **orto-pedia**. Prolongación del **discurso del amo**. La medida del yo sería el yo idealizado del analista. ¿Cuál es la medida del yo del analista? Los patrones dominantes de la sociedad, que bien pueden estar enfermos: patología de la cultura. Así se relega la subjetividad inconsciente. Pero lo reprimido retorna. Se trata por tanto de una mala terapia.

El objetivo del análisis es romper las certezas narcisistas para que emerja la subjetividad inconsciente.

El psicoanálisis del yo se queda prendido en el imaginario. Olvida que el yo no es el sujeto. **El sujeto del inconsciente es excéntrico al yo. El yo cumple función de pantalla, de desconocimiento:**

del propio cuerpo fragmentado y del otro. El narcisismo actúa como veladura. Lacan toma el fetiche como velo, cuya función es ocultar y obturar la falta. Ese yo sugiere consistencia donde hay inconsistencia. Así el **sueño es una escritura a la que ningún “yo pienso” puede acompañar**. El inconsciente es una herida en el narcisismo (línea discontinua); y éste se protege de esa herida (línea continua).

2. Simbólico.

Con estos presupuestos, Lacan puede ya analizar y mostrar la estructura del problema:

S a'

a A

La línea S — A marca la determinación del sujeto por el otro. Y lo más otro para el yo es el inconsciente. El inconsciente es una herida en el narcisismo; por eso esta línea es discontinua. Se trata del eje simbólico.

La línea a — a' que representa al imaginario es continua como él. Es la línea de la transparencia que, sin embargo, es ignorancia.

El análisis debe apuntar a una relación con el sujeto del inconsciente, del otro lado del lenguaje. No es relación del propio yo con el yo del analista, sino con el sujeto que habla. El oficio del analista consiste en **escuchar al sujeto más allá de lo su yo dice**, para que en la palabra advenga su inconsciente. Eso es posible porque el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Ahí se inscribe el valor decisivo de la asociación libre.

En el análisis se trata de salir del registro del hablar a un semejante a — a' y dirigirse a un “Autre” que habla en mí (el inconsciente). El inconsciente es una alteridad mayúscula. Es, además, el **autre** del lenguaje: el lenguaje hablando por sí solo.

El otro se dice de muchas maneras:

A: es en primer lugar el **otro del lenguaje**, que está ahí siempre. Metodológicamente Lacan, como Saussure, prescinde de su origen. A los sujetos actuales el lenguaje les preexiste. El sujeto no es el amo del lenguaje. Es efecto suyo. (Ver: La instancia de la letra). Además de Freud y Saussure, influye en Lacan Heidegger.

El lenguaje preexiste al sujeto en tanto que **estructura**. Sus leyes están dadas, el sujeto tiene que acatarlas y no las puede cambiar a su conveniencia. Un elemento fundamental de esa estructura es su carácter binario, su estructura oposicional. El sujeto hablante se encuentra entre elecciones forzadas. Para hablar no tiene más remedio que consentir. Cuando falla el consentimiento con esa estructura, se produce la desorganización esquizofrénica.

El lenguaje preexiste también en cuanto **discurso**, relato...

Eso implica que el **yo es instancia de desconocimiento**:

Del cuerpo fragmentado.

De la división del sujeto y la "autredad" del inconsciente.

El yo es una ilusión imaginaria y como tal nos vela. El narcisismo del yo produce sombra, ocultación.

Sujeto al discurso, al discurrir y actualizarse del lenguaje en los otros, el yo está sujeto al otro del lenguaje, el otro de la biblioteca total borgiana. Pero en especial está sujeto al otro del discurso parental y familiar. Al menos está sujeto al **nombre propio**. El nombre propio es radicalmente **ajeno, impuesto**. Además, el que pone el nombre no necesariamente sabe lo que significa. En el fondo no sabe lo que dice al poner tal nombre, ni sabe por qué lo pone. Pero con él, el sujeto es “destinado” por la palabra y los deseos de los otros. Somos esperados y se nos asignan misiones, funciones que cumplir.

El otro es también este no saber. **Otro es el inconsciente**. Opera como un lugar lógico.

El sujeto hablante es el que no sabe lo que dice. Hablando es otro respecto a sí mismo. En cuanto estructurado por el lenguaje es ajeno a sí mismo. Hay palabras que no se dirigen a un semejante sino a ese otro que permite el sentido de lo que digo. Ese es el lugar del psicoanalista.

En el Seminario La relación de objeto Lacan critica la noción biologicista de inconsciente por ser mítica e inoperante en la práctica analítica. Es supersticiosa y su función es calmar la angustia de los analistas.

El inconsciente está estructurado como un lenguaje. A su vez la única realidad en psicoanálisis es simbólica. El lenguaje funda la práctica analítica. Es el elemento común entre el síntoma y el acto analítico. El que posibilita la transformación de esas formaciones significantes que son los síntomas. **El lenguaje funda el análisis como práctica de la palabra.**

Se trata de **un** lenguaje en especial: el lenguaje escrito. **Los elementos del inconsciente tiene valor de letras.** Freud en la Interpretación de los sueños toma a éstos como escritura y propone dar a las imágenes valor de jeroglíficos. Como Champolion: los jeroglíficos no son dibujos, representaciones de objetos ni pictogramas, sino que tiene función de letras. La interpretación tiene que subordinar su valor de imagen a la de letra. La interpretación de sueños no puede ceder al simbolismo, ni a la vía analógica. Las imágenes son letras y significan en función de la composición que integran, o sea, en función de la asociación libre. Aisladas no significan nada. En consecuencia, no hay diccionarios de sueños. La relación entre símbolo y simbolizado no es fija. Ni hay un saber que el analista domine.

Para que emerja el significado de un sueño, un síntoma... no basta que el paciente lo ponga en palabras. Hace falta la **escucha del analista** (Ver "Función y campo de la palabra" Escritos I, P. 243). El Seminario II El Yo... señala que la escucha no se dirige a una objeto más allá de la palabra, sino a la relación imaginaria que la liga con el sujeto en cuento yo.

No hay transaudición: de inconsciente a inconsciente directamente. Ni el analista tiene un tercer oído. El único objeto del que se dispone es la palabra. No se trata de sustituirla por los gestos y entregarse a la interpretación de estos según los fantasmas (inconscientes) del analista.

Ahora bien, **en la palabra hay una dimensión imaginaria.** La escucha debe cerrar el oído a esta dimensión engañosa, para escuchar su vertiente simbólica. Se trata de que la palabra no se enrede en la diagonal imaginaria, sino que se abra a la relación **S A. O** entre sujeto e inconsciente.

La vertiente imaginaria es tomar la palabra como signo. La **vertiente simbólica es su condición de letra** que significa por su articulación. De ahí que el analista no responda a las demandas del paciente. Suspende el significado establecido para que se produzca la significación imprevista, para que se produzca **su** significación. Así **se toma la palabra como signifiante (con suspensión del significado).**

De esta manera se rompe la unidad de Saussure entre signifiante y significado: significado / signifiante. El signo es la correspondencia entre ambos. El significado preestablecido determina el signifiante adecuado.

Las formaciones del inconsciente responden esa lógica:

Signifiante

Significado.

No signifiante + significado.

Lacan sustituye el signo por un algoritmo:

S
s

La barra es trazo de la represión. Esa barra que divide al sujeto es consecuencia de la barra que divide al signifiante y al significado.

Lacan convierte el signifiante saussuriano en letra. Signifiante es para él palabra, signo, frase, sesión... que toma significado por su articulación. (Ver "Discurso de Roma"). Este sentido del lenguaje y del inconsciente está a la base de la reivindicación de la sesión breve: **Tiempo de la verdad.**

3. Real.

Se dice básicamente en tres sentidos diferentes:

a) Lo **viviente puro** (mítico) antes del lenguaje. Su signo es

Lo anterior y ajeno a lo simbólico. Está forcluido: perdido radicalmente y para siempre. **R**

b) **La realidad**, lo existente organizado y transformado por lo imaginario y lo simbólico. Es un tejido de imágenes y palabras, que produce sensación de consistencia, de realidad, pero recubre y vela lo real. En un sentido fuerte el lenguaje crea la realidad. La perceptiva y no sólo la cultural. El caso extremo es la psicosis. **R**

c) **Lo real** excluido y a la vez generado por lo simbólico en su límite. Es lo que más interesa al psicoanálisis. Una de sus denominaciones es el **objeto A**. **R = objeto a** o **A**

Lo real en este tercer sentido es efecto de la constitución del sujeto. El atrapamiento o **captura del viviente por el lenguaje produce efectos**: Desnaturalización y pérdida del goce natural de la vida. El hablante (infans) se constituye como un sujeto afectado de falta en ser. Su relación con el goce está perturbada. El comer, por ejemplo, ya no es una práctica puramente natural, sino que esta atravesada de signos y se convierte en base de síntomas: anorexia. El sujeto humano no experimenta directamente los instintos, ni dispone de referentes naturales seguros para situarse y orientarse. Ya Freud distingue instinto de pulsión y destaca la Spaltung que hay entre sexualidad biológica y sexualidad psíquica. Ahora, en virtud del desarrollo científico y tecnológico, se ha vuelto palmario que la sexualidad humana no es meramente natural. Está dissociado de la reproducción, y esta pronto podrá estarlo de aquella. Eso entraña una profunda mutación: los hijos son expresamente criaturas del deseo. **Al desconectarse de la vida, cambia la impronta de la sexualidad**. Una mutación de largo alcance.

Al sujeto hablante le fallan los referentes naturales (biológicos) para situarse como hombre o mujer. En los sujetos humanos no hay sólo acto sexual, ni el acto sexual es pleno. Para nosotros "**la relación sexual no existe**".

En el lugar de esa pérdida se forma un aparato simbólico que permite la sexuación como hombre o mujer. Ese aparato o programa fundamental es el Edipo. Su estructura hace que la "elección" de sexo nos constituya como hombre o mujer. En el inconsciente no hay cláusulas que digan cómo es el hombre para la mujer o a la inversa. **La fórmula de que es ser mujer u hombre está ausente del inconsciente**. De ahí el problema.

Esa ausencia es índice de lo real. Lo real fundamental, pero de imposible escritura. Así la sexualidad y lo real están estrechamente vinculados. En el inconsciente el sujeto no se relaciona con el otro sexo, sino con el falo. Pero hay un solo falo para los dos sexos. La relación sexual es un "como si".

Al comienzo del Seminario sobre La angustia se produce un cambio de perspectiva en la relación entre el sujeto y lo otro o el **objeto a**. Al comienzo de la enseñanza de Lacan, el sujeto era el sujeto de la palabra. Aquí se trata del sujeto que vive y goza. Y el otro era el tesoro de las significaciones. Aquí es **el otro del goce**. La constitución del sujeto se presenta como una operación matemática: el **cociente del sujeto**.

Esquema:

A S

a A

S

A: el otro del lenguaje

S: sujeto previo al significante

Si desarrollamos el mito del viviente puro con el otro, encontramos **a**. El otro de esa libra de carne ya perdida. El sujeto afectado de falta en ser, se ve obligado a esperar de otro la respuesta a la pregunta por su ser. Por ejemplo qué es ser hombre o ser mujer. Esa pregunta por el ser la hacen quienes no son simplemente. Pero en el momento de responder el otro muestra su falta de garantías. El sujeto está tachado **A**. En el otro hay falta de significantes. Esa falta o agujero es interior al sistema simbólico. Lo real está en el centro como ausente. Es extraño, exterior y, a la vez, interior, íntimo. Su condición es la **extimidad**.

S

R

Lo real está alojado en el centro del sistema simbólico, pero excluido.

"Das Ding" era para Kant la X o incógnita central. Heidegger en su escrito con ese título reflexiona sobre el trabajo del alfarero que modela el ánfora haciendo girar la masa en torno a un vacío central. Ese vacío, posición de lo real, está producido por el mismo sistema significante.

En Los cuatro conceptos fundamentales... lo **real** es presentado como lo **imposible**. Imposible de ser dicho, por el hecho de que el lenguaje no es un sistema de signos, sino de significantes. Un sistema discontinuo, binario, de presencias y ausencias. Un sistema de **articulación metonímica**, en el que cada significante remite a otros y, por tanto, nunca puede ser completo y decirlo todo. Además, no hay otro del otro. No hay significante garantía del significante, no hay verdad que garantice la verdad.

Lo **real** como **imposible** es una **categoría lógica**. La articulación lógica parece que lo hace todo posible. Parece posibilitar una lengua y un saber perfecto, infinito. Pero su misma coherencia implica que a medida que se establecen afirmaciones se hacen imposibles otras afirmaciones. La lógica selecciona, excluye. No todo vale para ella.

Lo **real** es **imposible** también en cuanto **insoportable**. Los síntomas son sus indicadores indirectos. Y hay síntomas porque hay conflicto y sufrimiento. Hacemos síntomas porque lo que la relación sexual simboliza es imposible.

Lo real tiene que ver, además, con el **goce**, mejor con la falta de goce. La falta de significante, de saber, de ser, es falta de goce. El sujeto intenta remediarla mediante la búsqueda del goce primero, supuestamente pleno, ya perdido. Ese "objeto", esa "experiencia" es la causa del deseo. El **objeto a, causa del deseo**. La pérdida o falta, resulta fecunda: es el motor de Eros, impulso de vida.

El lugar del goce primero ausente es constantemente ocupado por otros goces. **El goce se dice de muchas maneras**. Pero ninguno es el primigenio. Algunos incluso resultan letales; por ej. el goce del síntoma. El goce mismo entraña una paradoja: masoquismo primordial. Su lógica no es la economía del placer. Al contrario, se sitúa **más allá del principio de placer**.

A ese goce que falta lo designa Lacan también como **a**.

a - : goce perdido

a + : goce que viene a ocupar ese lugar. **Plus de goce**.

En cuanto el goce escapa al significante y está excluido de lo simbólico, es otro de los nombres de lo **real**.

El goce está, pues, barrado, castrado: **A**

También al otro le falta el goce pleno. La pregunta del sujeto es: qué es lo que el otro quiere gozar; qué quiere de mí. La pregunta primera es por el deseo y el goce del otro: ¿Quién soy yo para él? La falta de respuesta hace aflorar la **angustia**. Ella es **el afecto más verdadero**. El único afecto que no engaña.

La angustia hace aparecer ese no saber qué somos para el deseo del otro. Activa un agujero en orden simbólico. La respuesta inmediata que intenta taponarlo es el fantasma.

Lo **real**, el **goce** y la **muerte**, están estrechamente anudados. Para Lacan, la pulsión de muerte no es una anti-pulsión de vida; no es asunto de orden biológico. Deja de lado su carácter pulsión y se centra en un problema de estructura. A su juicio radica en el efecto mortal que la condición de hablante introduce en el viviente. Se podría decir que **para llegar a ser sujeto el viviente cambia el goce por el lenguaje**. Ese mito es una especie de Fausto al revés. Ante el genio fáustico que ofrece el saber a cambio del goce, todos los animales prefieren quedarse con el goce, menos el simio homínido, que es el más tonto.

La tragedia humana radica en que el lenguaje mortifica al viviente. **Entrar en el lenguaje es introducir la muerte en la estructura del sujeto**. Y eso genera formas derivadas de actuación de la pulsión de muerte: En el sujeto hay cierta tendencia a buscar formas de vida que son mortificantes. A buscar un goce mortífero: **gozar con lo que hace sufrir y procurar goces que matan**. En cuanto para ser sujetos hemos trocado vida por muerte, no podemos hacer nada. En el segundo aspecto se puede intervenir: elaborar la relación del sujeto con sus goces. En cierto sentido esos se eligen y de ellos somos responsables.

Somos responsables de nuestros deseos. Lo somos de la **posición** que adoptamos. El psicoanálisis induce a responsabilizarse de los propios deseos. En ese sentido es una ética.

Textos de J. Lacan:

Para "imaginario" "El estadio del espejo"

Escritos

"La agresividad en psicoanálisis"

“

Seminario 2. El yo en la teoría de Freud...

Simbólico:

“Función y campo de la palabra”

“

“La instancia de la letra...”

“

Seminario 5 Las formaciones del inconsciente

Real:

Siminario 10. La angustia

Seminario 7 La ética del psicoanálisis

(Notas de Eugenio Fernández a partir de dos clases de Dolores Castrillo)
Mayo, 1997